

No somos una aventura: 36 años de trabajo por la recuperación del fandango de artesa.

Vargas-García, Berenice.

Cita:

Vargas-García, Berenice (2016). *No somos una aventura: 36 años de trabajo por la recuperación del fandango de artesa*. XII Foro Internacional de Música Tradicional. XXVIII Feria Internacional del Libro de Antropología e Historia / INAH, Ciudad de México.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/aberenice.vg/9>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pxv9/GXb>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

“No somos una aventura”: 36 años de trabajo por la recuperación del fandango de artesa*

A. Berenice Vargas García

Preámbulo

“Somos una organización / no somos una aventura / Pegado a la tradición / para realzar la cultura”: Pareciera que con estos versos, el artesero de El Ciruelo, Primitivo Efrén Mayrén Santos, nos dice que la aventura es algo arriesgado, incierto, ocasional; es decir, todo aquello que no es la agrupación cirueleña: fruto de un largo trayecto, con esmero y con trabajo, con una proyección bien clara de lo que se quiere alcanzar: realzar *su* cultura, recuperar al fandango de artesa... y creo que de paso, intentar ser felices con ello, *“para en la vida real/tener algo que nos alumbré”*, nos dice en otro verso de otro son.

Es por ello que titulé así esta ponencia, y sin embargo, no estoy del todo de acuerdo con él, porque “aventura” también es “aquello que ha de venir”: la “ventura” como buena suerte, el “advenimiento” como el acontecimiento importante que vendrá. La búsqueda de la música y la tradición para alumbrarnos, y otra vez, sentirnos y hacernos *bien*. Si los arteseros y arteseras tienen la esperanza de lo bueno que ha de venir mediante *su* música, entonces sí se persigue esa aventura... y ya lo versa Don Efrén: *“Me puse a apostar con la suerte / rifando nuestros bienes /y yo me quedé esperando/ esperando al que no viene/ pero es como dice el refrán:/ el que en la esperanza vive/ la esperanza lo mantiene”*

Para esta ocasión, originalmente tenía pensado presentar una ponencia con un tinte más académico, a razón del foro que nos convoca. Es decir, ofrecer un análisis antropológico –crítico, mayormente– del proceso de recuperación del

* Ponencia presentada en el XII Foro Internacional de Música Tradicional “El árbol florido: sones y fandangos de tarima, de artesa, huapangos, de tabla y almud”, que tuvo lugar en el marco de la XXVIII Feria Internacional del Libro de Antropología e Historia, los días 29 y 30 de septiembre y 1 de octubre de 2016.

fandango de artesa desde principios de la década de 1980 hasta hoy en día. Sin embargo –y con alegría– recibí la noticia de que hoy, justo después de esta mesa, se presentaría la artesa de El Ciruelo: agrupación a la que le he dedicado varios años de mi vida (entre convivencia, análisis, conversación y reflexión). Precisamente este hecho me llevó a reflexionar acerca de ¿a quién va dirigido lo que escribimos? En mi caso, como antropóloga, ¿para quién escribo? Innegablemente lo hacemos en primera instancia, para nuestro propio círculo... pero ¿qué pasa cuando tenemos la oportunidad de dirigirnos hacia aquellos sujetos que hicieron posibles nuestras investigaciones, que nos abrieron las puertas de sus realidades? Esta afortunada ocasión me pareció un buen pretexto para hacer un ejercicio no solo de reflexividad, sino de compartir el conocimiento y los saberes, precisamente con aquellos quienes nos los hicieron asequibles.

Así que no me detendré en discusiones sobre los procesos etnogenéticos y de reivindicación afrodescendiente (coloración que primariamente, tenía pensada para esta ponencia); sino que me gustaría resaltar la parte más humana de esta tradición musical, a la cual pude acercarme gracias a los músicos, bailadoras y bailadores cirueleños que confiaron en mí para contarme sus experiencias, sus motivaciones, sus ires y sentires en este proyecto que, como versa Don Efrén Mayrén, “no es una aventura”, pero que yo insisto en que sí lo es. Y este es el tipo de ponencia que me gustaría presentar hoy: breve y directa, tan sólo para enmarcar el dote creativo de estos costeños, *Los reyes del fandango*.

La invención y la aventura

Quisiera comenzar aseverando que el fandango de artesa es una *invención*, una aventurada invención. Nos dice el filósofo José Antonio Marina: “el derecho francés antiguo llamaba *inventor* al que descubría un tesoro. Y en la liturgia católica se habla de la «invención de la Cruz», no para dudar de su verdad, sino para

designar el encuentro de algo valiosísimo”.¹ Entonces, después de significar “encontrar” o “descubrir”, la invención se refiere a la creación, la imaginación, la transformación. *Invención y aventura* comparten el prefijo *venire*, sólo que lo que se inventa viene de adentro de uno.

Hoy en día es muy habitual encontrarnos con que todo se “inventa” o se “crea” o se “construye”. Y hablar de la “invención de las tradiciones” no nos parece nuevo ni original. Aun así yo enfatizo el carácter de “inventado” que tiene el son y el fandango de artesana, y no lo hago por aferrarme a las corrientes de moda, sino, porque estoy convencida de que es así. Porque decir que es una invención nos obliga a pensar en que es algo sujeto a transformaciones, dinámico; porque vuelve necesario el preguntarse acerca de los humanos creadores-inventores; porque nos echa en cara la facultad creativa de estos costeños; y ese es justamente el punto de hoy.

Aunque no es mi intención discutirlo en este momento, quiero compartirles mi postura: yo no creo en la abstracción de la herencia africana trasplantada, tal cual y sin más, de un continente a otro. Sidney Mintz y Richard Price hicieron esta crítica décadas atrás y fueron –en un comienzo– tachados de creacionistas, pero para ellos y muchos otros y para mí, lo que hubo fue un complejo proceso de creación y re-creación cultural entre los africanos y afrodescendientes en América, quienes por supuesto, “conservaron” elementos, pero lo hicieron así, en transformación y adaptación. Pensemos a la cultura como algo vivo, y en este caso, como producto de la creatividad y acción de hombres y mujeres que fueron arrancados de sus tierras de origen y llevados por la fuerza a lugares desconocidos, sitios en los que tendrían que re-comenzar re-construyendo y re-inventando de los trozos de su memoria, pues todo indicio de abstracta “herencia africana” fue roto, en pedacitos, a golpe de látigo, y esa fuerza con la que del dolor y la destrucción supieron y pudieron forjarse un presente y un futuro

¹ Marina, José Antonio, 2015, “Epílogo a modo de introducción”, en Aina S. Erice, *La invención del reino vegetal*, Ariel, Barcelona, págs. 14-15.

nuevos, es incuestionablemente heroica, invención heroica, “explosión de salud creadora”, movimiento de legítima defensa, nos dijo René Depestre.

Visto así, los invito a que pensemos a esta música como esa aventurada y heroica invención, resultado de muchos siglos de intrincada convivencia humana (africana, europea, indígena, latinoamericana y todas sus intra-especificidades); una creación salida no se sabe cuándo ni de quiénes, pero que existió fuerte y vivaz, diría Don Efrén, “entre la negrada” de la Llanada de la Costa Chica; y que actualmente la vemos de vez en cuando en El Ciruelo; y hoy aquí, en un rato más... tan heroica como desde el inicio.

Al pie de un matón de fresa... la historia voy a explicarla

Entrando en tema: *"Yo les canto mi chilena/ al pie de un matón de fresa/ y así poder explicar/la historia de la artesa"*. Estos versos pertenecen a un son de Efrén llamado “Mi último deseo”, en el cual él nos narra su encanto por la música y su anhelo de dominarla, de hacerla parte de sí, su último deseo. Y cuenta también parte de su esfuerzo por recuperar el fandango de artesa y traerlo de vuelta a la vida de El Ciruelo, *"la historia voy a explicarla"*.

Digamos que desde finales del siglo XIX hasta la primera mitad del siglo XX (lo que en la Costa Chica es el “tiempo viejo”), la tradición musical de la artesa era bastante generalizada entre la población afromexicana de la zona. Se daba lo mismo en bodas y despedimentos de angelitos, que en ferias de cuaresma y fiestas patronales. Sin embargo, poco a poco fue desapareciendo de su vida cotidiana, hasta el punto en que dejó de existir, quedando dormida al menos unos 50 años.

Cuando surge el movimiento etnopolítico para reconocer la llamada “Tercera Raíz”, en la Costa Chica, específicamente en la parte de Guerrero (y apoyados por la DGCP principalmente) aparecen actores como Miguel Ángel Gutiérrez Ávila y otros más, quienes se interesan en las tradiciones orales de esta población, particularmente en el arte verbal de coplas y décimas, y en la música.

En 1980, impulsada por ellos, se inaugura una casa de cultura en San Nicolás Tolentino, donde se impartirían talleres de música. Precisamente, estos antropólogos investigan con la gente de la localidad qué músicas o danzas consideraban que los identificaba o los diferenciaba como afrocosteños, y la gente mayor respondió casi sin dudar que el fandango de artesa, el cual ya no se tocaba más y parecía que ya nadie lo recordaba. Esto motiva a que en los talleres de la casa de cultura se incluya al fandango de artesa, el cual es “reaprendido” o hasta “re-creado” por los nuevos músicos. De esta nueva cepa, surgieron figuras como Catalina Noyola Bruno, matriarca del fandango de artesa en San Nicolás; Efrén Noyola, Melquíades Domínguez y Tiburcio Noyola, por ejemplo, y más adelante se crea el grupo de artesa de San Nicolás Tolentino, el pionero y blasón.

Por esos mismos años en el Ciruelo, Oaxaca, Don Efrén apoyado por el párroco Glyn Jemmott, buscaba la manera de hacer realidad su sueño: ver viva de nuevo la tradición de la artesa, la cual pudo presenciar por primera y única vez mucho tiempo atrás, siendo él un niño, pero de la que tanto escuchaba hablar a su abuelo. Al enterarse que en San Nicolás estaba surgiendo una agrupación de fandango de artesa, Efrén se empeña en ir allá a que los músicos y bailadores le enseñen y él así formar su propio grupo en El Ciruelo. Para ello, mueve montañas y mares, y burocracia tras burocracia logra que en la radio de Jamiltepec (hoy de la CDI) le dieran un cassette del entonces reciente fonograma del grupo de San Nicolás. Ya con el cassette, él mismo inicia su propia investigación, lo cual hay que destacarlo: él buscó y entrevistó a viejos arteseros y arteseras para que le contaran acerca del fandango de artesa en tiempo viejo, qué instrumentos se usaban, cómo se versaba, cómo debía bailarse. Después de esa desesperada búsqueda de información, comienza otra, esta vez convocando jóvenes y no tan jóvenes que quisieran unirse como músicos y bailadores, la mayoría de ellos, aprendiendo a bailarlo a tocar desde cero, completamente líricos, dirían ellos.

Ya con el cassette, llega hasta Juanito Baños –su hermano de pila–, Oliva Hernández y Egmidia Vargas Genchi, quienes le contaron a Don Efrén

innumerables aspectos de esta música en el pasado, y le enseñaron a bailar en la artesa a él y a otros más que pasarían a formar parte de ese primer grupo. Posteriormente, poco a poco se irían sumando más personas interesadas en pertenecer a la Artesa de El Ciruelo, conformando entonces y definitivamente, la primera alineación –por decirlo así– del fandango de artesa en esa región de la Costa Chica Oaxaqueña, después de tanto tiempo de olvido. Esta primera generación debuta en una fiesta patronal del Ciruelo, por ahí de un noviembre de 1996:

Y se llegó la fiesta del 24 de noviembre y invitamo' a lo' de San Nicolás. Cuando los fuimo' a ver en una ocasión, ello' mí'mo' no' dijeron "cuando tengan una fiesta ahí en El Ciruelo invíteno' y nosotros vamo', nosotros no cobramo', nomá' no' dan lo del pasaje"... y sí lo' invitamo' y vinieron. Nosotros bailamo' la primera vez allí, frente a la iglesia, pero con el cassette, porque no había música todavía pue'. Y ello' como eran má' antiguo pue', traían todo. Y decía la gente "no, no, ustedé no van a poder bailar como ello'". Como era con el cassette y ellos traen música, ¡pero no hay la diferencia del cassette a la música en vivo, es la mí'ma música! Y queríamo' bailar así, primer uno' y luego otro'. Quedamo' bien así con ello', no quedamo' mal. A pesar de que éramo' novato', porque ello' ya han recorrido, han bailado en todo' lo' estado' de la República, ya habían ido... (Entrevista a P. Efrén Mayrén Santos, febrero 2014).

Con ayuda de Glyn, se elabora formalmente el proyecto para ingresarlo en el Programa de Apoyo a las Culturas Municipales y Comunitarias (PACMYC), financiamiento con el cual comprarían los instrumentos musicales –violín, guitarra sexta y tambor– y la indumentaria; Gilberto Ruiz López es el encargado de construir la primera artesa de El Ciruelo (labor que hoy realiza Tirso Salinas), y ya con ello, tenían todos los elementos materiales para dar rienda suelta al aventurado proyecto. En un inicio, el grupo de artesa cirueleño *copiaba* los sones del de San Nicolás (los únicos siete sones que habían podido re-construirse con los recuerdos de los más ancianos). Y así, decidido, (y para no repetir y aburrir en las presentaciones en que ambos grupos coincidían) Efrén compone su primer son, significativamente llamado "Eventos de Negros", pieza con la que debutan a lo grande en su primera presentación en vivo durante el 1er Encuentro de Pueblos Negros, llevado a cabo precisamente en El Ciruelo, en 1997: "Este baile de la

artesa/ha sido tradicional,/ahora lo presentamos/en los eventos cultural/ Este baile de la artesa/apenas es rescatado,/apenas se rescató/porque ya estaba olvidado / y A la cirana, na, na"

Como el son nos narra, éste nos muestra el inicio de la recuperación del fandango de artesa en El Ciruelo, vinculado ya irremediabilmente a los eventos afroamericanos: foros, encuentros, festivales, ceremonias cívicas, "eventos de negros" pues, precisamente desde su primera participación en 1997. Y desde ese primer son, hasta la fecha, Efrén no sabe a ciencia cierta cuántos sones, chilenas, corridos y boleros ha compuesto... pero cree que da para unos diez discos. Haciendo un recuento, tiene unos 30 sones originales registrados, además de su propia versión de la Malagueña y la Petenera, y versos suyos y apropiados de los sones aprendidos de San Nicolás. Los reyes del fandango han grabado 3 discos originales (más un cuarto, inédito), además de participar en varias antologías. Han viajado a diferentes puntos de la república, y en el 2010 estuvieron en el Smithsonian Folklife Festival, en Washington D.C.: en el exterior (es decir, fuera de su localidad), son ovacionados.

Muchas veces se piensa, cuando se escucha hablar del fandango o del son de artesa, por ejemplo aquí en la Ciudad de México, que es una música realmente "recuperada" y "vigente" en la Costa Chica, al menos en El Ciruelo. Aún hoy, muchos de los aficionados a la música tradicional mexicana y guiados un poco por el auge del son jarocho, por decir, creen que el caso del son de artesa es igual, a veces hasta sueñan con ir a un fandango en El Ciruelo. La realidad es que no es así: Ya no existen fandangos de artesa en El Ciruelo (ni en la Costa Chica creo yo). Fandangos en el entendido de una fiesta multitudinaria de noches y madrugadas enteras, con música, verso, baile, comida, bebida, pleitos, cortejos, etcétera. No, eso no hay en El Ciruelo y el fandango de artesa ya no es así. Si van al Ciruelo no se encontrarán sonando a la artesa ni en fiestas patronales, ni en bodas, ni en bautizos, ni en fiestas de cumpleaños, ni en velorios de niños pequeños. La artesa solo sale en estos "eventos de negros", en festivales culturales, en foros

académicos, por petición de grupos de estudiantes nacionales y extranjeros, o cuando tienen ensayo debido a una próxima presentación. Y nada más. Pensemos en el lado pesimista de la historia: pese a los intentos de Efrén Mayrén, y de todos los demás integrantes del grupo, la gente en su pueblo no termina por aceptar esta música, calificada por los cirueleños menos duros como “tontera y quitatiempo”. Entendible, claro está, si nos damos cuenta de que la gente cirueleña prefiere celebrar con otras músicas mucho más cercanas a ellos, pues recordemos que por un lapso de más de 5 décadas esta tradición musical se desarraigó de sus vidas. Y si a eso se le suma la vida ardua y difícil en el Ciruelo (considerando las carencias en materia de salud, educación y trabajo; la erosión del ambiente, los sismos de diario, el golpe de huracanes y ciclones y de paso, la discriminación, el racismo y la invisibilización y negación estructural de los afromexicanos), se vuelve casi evidente por qué la gente prefiere vivir al día y dejar el pasado en el pasado. Pero dejemos el lado pesimista de la historia para otro momento. El punto es que pasaron más de tres décadas desde que esto inició allá en San Nicolás Tolentino, y hoy todavía tendremos el gusto de escuchar el bufido de la artesa. Pero ¿esto es gracias al apego de estos costeños por su cultura, sus tradiciones, por valorar de igual forma lo que nosotros -musicofílicos- valoramos? Yo lo dudo. Sus motivos, sus razones, pueden ser mucho más sencillas y mucho más legítimas: si bailar en la artesa me permite dejar mi pueblo y conocer otros horizontes, otros cielos, otros climas... ¿por qué no? Y si de paso salgo en la televisión o suben mi video a youtube... y además regreso con algo de dinero -para lo que haga falta, que es mucho- ¿por qué no hacerlo? O tal vez la música y el baile me tiene encandilado, y qué mejor combinación que viajar todo pagado y seguirlo haciendo... O la emoción de viajar para ver al hijo-hermano que migró hace tiempo...y que por una maravillosa oportunidad, podrá bailar con su hermana, ella, la que vino por primera vez a la Ciudad de México en brazos de su bailadora madre, y 10 años después se le hará ver los altos edificios. Sí, tal vez esto nos suena simple... pero ¡qué fuente poderosa! Son estos motivos, estos deseos y estos sueños los que

movilizan a esta tradición musical. Son estos costeños, con todo su ser “*sacando a relucir lo que tanto anhelaban*”.

Después de lo que he venido contando, creo que queda claro por qué yo pienso que esto sí ha sido una aventura: una búsqueda implacable de aquello -lo bueno- que ha de venir, y no sólo por venir sino por *regresar*. Pienso que este proyecto es en gran medida un hijo de la nostalgia de Efrén; pero también recalco que, aunque sus nombres no siempre se digan, nada de esto hubiera sido posible sin los músicos que se sumaron dando lo mejor de sí, sin los bailadores (niños, mujeres y hombres) que se animaron a subirse a la vaca (a la artesa, pues), sin esos ancianos arteseros y arteseras que le contaron a Efrén mucho de lo que él hoy cuenta. Dulce Santos, Tirso Salinas y Vicente Salinas, por ejemplo, han estado a pie de lucha (como verdaderos inventores) desde ese 1996... eso hay que aprender a verlo, y ya que se vio, habrá que ayudar a que otros lo miren.

Para concluir

No cabe duda que hace falta mucha difusión de la enorme labor que Efrén Mayrén y los músicos y bailadores que integran la agrupación, han hecho y siguen haciendo para darle vida a la artesa; hace falta que nos encariñemos más con esta música, que la conozcamos más a fondo, que valoremos su riqueza. Son 36 años de iniciada la labor y 20 años de la artesa cirueleña ininterrumpida... por eso creo que merecen ser reconocidos, todos ellos, y no necesariamente reconocerlos por ser *afromexicanos recuperando sus tradiciones* (aunque lo sean y efectivamente, lo hagan), sino por su calidad y calidez humana, por su creatividad y su talento, por su empeño, por su lucha y su aventura.

Y sí, tal vez el tan soñado sueño de Efrén podría considerarse un sueño frustrado, principalmente impedido por las negativas y el desinterés del pueblo, y condicionado, muchas veces, a permanecer sólo como un “evento de negros” más... Pero hoy dije que quería dar otra mirada, una más cálida. Pensemos que los

arteseros cirueleños (y admitámoslo, también militantes, promotores culturales y académicos) han logrado que de no existir durante más de 50 años, hoy la artesa suene otra vez; que podemos tener el placer de escuchar los retumbos y redobles de Yael, de Julio (seis años después de no bailar), de ver los floreados de las faldas y los meneos de cadera de Dulce, Perla, Flor, Princesa, Betsy o Rubí, de apreciar los versos y tamboreos de Efrén, los violines de Tirso y de Vicente, los rasgueos de José Luis. Que hoy pudimos estar aquí, hablando del Fandango de Artesa, porque existe. Y porque la esperanza muere al último.